

«El Mesías vendrá cuando ya no se le necesite, vendrá un día después de su venida, no vendrá el último sino el ultimísimo día».<sup>1</sup>

Kafka

---

1 Franz Kafka, *Cuadernos en octavo*. Madrid, 1999. Alianza editorial. Trad. de Carmen Gauger.

[En adelante, todas las notas numeradas de esta novela pertenecen al traductor].



## VEINTE AÑOS DESPUÉS

La caída de Adán, según los grandes místicos, no es un *acontecimiento*, una catástrofe tras la cual la historia —cierto que en peores circunstancias— comienza a desarrollarse conforme a unas líneas establecidas e incluso, como algunos creen, a progresar. La caída, según los místicos, es un *acontecer*; esto es, un proceso interminable de ampliación, profundización y multiplicación del pecado original. Esta decadencia es generalmente gradual e imperceptible (de ahí la ilusión de la posibilidad de lograr la estabilidad terrenal). Sin embargo, hay periodos en la historia en que la caída se acelera y se convierte en un hundimiento. En un ensayo (que posteriormente he buscado en bibliotecas sin éxito), Elias Canetti data precisamente el comienzo de dicho periodo en 1980. Leí ese ensayo durante el invierno de 1986, justo antes de abordar la escritura de *La leyenda*. Esa lectura fue importante para el devenir del relato, porque confirmó una corazonada que yo albergaba, una fuerte impresión de que, a partir del nuevo año de 1980, todo comenzaría a acelerarse, a descomponerse y a irse al infierno. Pero con presentimientos e intuiciones, incluso cuando estuvieran apoyados por la autoridad de Canetti, no se puede hacer nada. Corazonadas e impresiones *per se* no sirven.

Se interponen, incordiantes, desviándonos de nuestra zona de confort, en la que sumisamente nos aclimatamos a los elementos del mundo. Pese a todo, había que hacer algo. Escribir una novela me pareció la mejor solución. Dicho y hecho: me puse a escribir. ¡Ya era algo! Sin título. Sin un concepto claro. *La leyenda*, tal como es ahora, fue precedida por un cúmulo de páginas y más páginas, errores, tentativas, frustraciones y desaliento. Después de todos estos años, sé que esas páginas perdidas y ausentes fueron el «material» con el que se compuso *La leyenda*. Porque *La leyenda* es una novela sobre errores humanos y frustraciones en la tarea de dedicar esfuerzos inútiles al olvido de Dios y a burlar a la muerte.

Nada parecía marchar bien hasta el momento de la efímera iluminación en que me di cuenta de que «solo se podía escribir de las cosas más serias de una manera extremadamente frívola». Al menos en nuestra época. Y he aquí el motivo. Estoy profundamente convencido de que las personas del siglo XX (y XXI) no somos más que unos bufones, personajes de una farsa, por muy sombrías que puedan ser nuestras preocupaciones o fantasías. Es decir, que no es posible ver una película de vaqueros y luego ponerse a escribir sobre la situación dramática del mundo. Que, en última instancia, no es concebible ser ciudadano de la República Federativa Socialista de Yugoslavia y tratar seriamente sobre el sentido oculto de la historia. Después de todo, la RFSY era más bien una máquina concebida para vaciar de sentido todo lo verdaderamente tradicional, serio y espiritual, antes que una comunidad política. Así es como la idea del centro fue reemplazada por la idea del Comité Central. Como el concepto de jerarquía fue suplido por la nomenclatura del partido. Como la noción del orden y armonía fue sustituida por la de orden público y paz. Así es como se pasó del culto a los santos al de los héroes del

pueblo. Se creía *muy seriamente* (algo que en sí mismo dice bastante del mal estado de la seriedad moderna) que apostando soldados en posición de descanso, construyendo los bloques de la ciudad en formas rectangulares y persiguiendo que se cantara en la calle después de las diez de la noche, acabarían por instaurarse mil años de paz.

Finalmente, en algún momento a principios del verano de 1986, renuncié por completo al proyecto de *La leyenda*, una novela que por entonces aún no tenía nombre, de constitución «sólida», en la que ciertas personas, en determinadas circunstancias, se lamentaban por la caída del mundo y exponían sus pseudosistemas. Pensé que nuestro tiempo es una época de fragmentariedad, de disgregación, de incompletud. Luego pensé en escribir capítulos, con la única limitación de no rebasar el límite del sentido interno. Los ordenaría según fueran saliendo. No iba a tratar de reparar y pegar a la fuerza pedazos de narración incompatibles a fin de obtener una impresión engañosa del todo. Si todo estaba disperso y atomizado; si «las cosas que debían permanecer juntas se disgregaban, y las cosas que debían disgregarse se aglutinaban», por qué iba a embarcarme en la aventura de reunir las artificialmente. Como un guante a tales cavilaciones me sentaron las lecturas con que simultaneaba los atisbos de la obra (Spengler, Guénon, Ortega y Gasset), de quienes adopté el punto de vista de que el fracaso de la unidad, la degradación y la degeneración del mundo no eran cosas negativas, pues eran signos que precedían a la segunda venida del Salvador y la consiguiente regeneración del mundo.

Los más ancianos recuerdan que durante esos años surgió una avalancha de folletines en periódicos y revistas sobre sociedades secretas y conspiraciones. Esos vómitos indescritibles, esas palabras vergonzantes extraídas del lodo de las pasiones

intelectuales más bajas, me privaron de las preocupaciones sobre la forma. Así es como adopté la forma de recopilación de textos de la sociedad secreta de los ciclistas rosacruces, engendrando una suerte de doctrina ciclista esotérica, y poco después de la publicación de la novela, en las tribunas populares (a raíz del testimonio del difunto Dragoš Kalajić), pidieron la palabra los apasionados desmistificadores de contubernios que, además de al Vaticano y la Komintern, acusaban a «una especie de ciclistas» de conspirar contra Serbia.

Mires adonde mires, la ironía se impone. Los ciclistas son los culpables de todo.

Por desgracia, aunque inevitablemente, la dispersión atomizada propone unas visiones más profundas que la concepción analítica. Valga como ejemplo el capítulo sobre el Gran Manicomio, entidad capaz de albergar veinte millones de residentes (cifra que coincidía con la población de RFSY en aquel entonces), el cual tenía como el menos logrado, y que sin embargo resultó casi profético. Me parecía que exageraba. Pero los acontecimientos del futuro inminente —ahora un pasado que no hay forma de que pase página definitivamente—, acabarían por desmentirme. Fue entonces cuando las exageraciones se volvieron «realistas». Hasta el punto de que la realidad acabó por superar en cien veces lo escrito.

La Biblioteca nacional de Bajina Bašta es la biblioteca de provincias de la que se habla en la introducción de *La leyenda*. Y Bajina Bašta es el lugar donde surgió la mayor (y mejor) parte de *La leyenda* durante el tórrido verano de 1986. La biblioteca personal de Branko Kukić en Čačak es otro lugar relevante, donde encontré muchos libros, ilustraciones e inspiraciones sin las cuales la novela habría sido incomparablemente más pobre. Čačak, con su revista *Gradac*, alrededor de la cual se reunían en silencio todos aquellos que en los límites de sus

fuerzas trataron de «recopilar materiales dispersos», tuvo una extremada importancia en la emergencia de un estado espiritual, de una «comunidad de espíritus» hegeliana «de la que *La leyenda* es expresión prosística». El estilo de esta expresión debe mucho a las diligentes observaciones de Miloško Knežević, y a su larga lectura crítica de mis textos. La expresión artística de dicho espíritu corresponde a la pintura de Vladimir Dunjić, encargado de ilustrar las cubiertas. Es un gran placer que los textos de David Albahari y Branko Kukić se encuentren incluidos entre las tapas de este volumen.

*Verba volant, scripta manent.*

Svetislav Basara  
Belgrado – Čortanovci, junio de 2007



Colección privada, Milán: detalle del tapiz conocido como «de Pioreschi» (medidas del conjunto original  $7 \times 1,10$  m), originario de Normandía. La fecha de su creación puede fijarse antes del 1100 d.C.

## PRÓLOGO DEL EDITOR<sup>2</sup>

Infinitos son los secretos de las bibliotecas de provincias. Llenas de volúmenes de clásicos intactos y de ejemplares desgastados de ediciones baratas, en sus depósitos inexplorados ocultan libros que son imposibles de encontrar en las librerías de las metrópolis o en los catálogos universitarios. Así como el oro no se busca en las joyerías, donde apenas se puede comprar, sino que se encuentra en desfiladeros remotos y en laboratorios de alquimia, del mismo modo resulta vano buscar la sabiduría en las bibliotecas de Babilonia, donde está gastada y raída por el uso, donde, como escribe Berdiáyev, «el Espíritu [está] objetivado, petrificado, vinculado a la caída del mundo y a la desunión de sus partes».

Los libros tienen vida propia y también muerte propia. Aquellos cuyos autores no creían en la muerte tienen, además, vida de ultratumba. Y aquellos cuyos escritores creían en la encarnación son reescritos. No es posible separar el destino del libro y el del escritor, a cuyo embrollo, por añadidura, se integra el destino de los lectores. En otras palabras, no es el lector quien busca el libro, sino que es aquel el que es buscado, de tal forma que hay escritos que se ocultan en lugares remotos hasta que caen en manos de aquel a quien están destinados. Y sin

---

2 Curador.

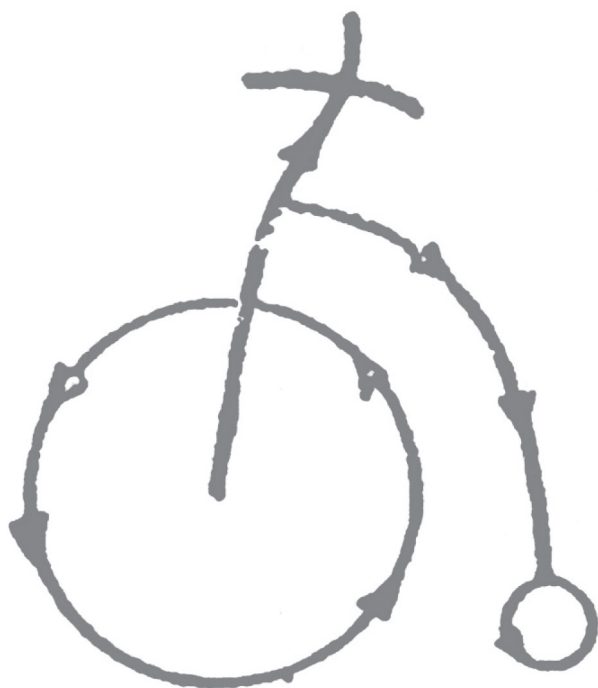
sospecharlo, un otoño en el depósito subterráneo de la Biblioteca Municipal de Bajina Bašta (donde me había refugiado de una tristeza cuyo motivo aún no puedo mencionar), rebuscando entre los tomos polvorientos de publicaciones periódicas, me topé con dos libritos. El primero de ellos (una poco estética edición de bolsillo de la editorial Slavija, publicada en Novi Sad el año 1937), *Povest o mom kraljevstvu* («Historia de mi reino»), carente de cualquier dato y de la página legal. El segundo, por su parte, era un original en alemán, traducible como «Manuscrito del Capitán Queensdale», que se había impreso el año 1903 en Zúrich en apenas seis copias. El ejemplar que encontré tenía el número de serie 3. Interesado en averiguar cómo había podido llegar hasta Bajina Bašta una de las escasísimas copias de un libro publicado en un espacio y tiempo tan lejanos, le pedí a un amigo, germanista por más señas, que tradujera el breve documento. Me sorprendió descubrir que el capitán Queensdale mencionaba al rey Carlos el Feo, a quien consideraba una mera ficción. Pero mi sorpresa rebasó todos los límites cuando leí dos años más tarde en la revista *Oblique* el auténtico texto del mayordomo Grosman: «El cuento de los carros del Diablo». En resumidas cuentas, comencé una investigación destinada a paliar el aburrimiento de los días de lluvia, que, al final —conduciéndome como el hilo de Ariadna por los laberintos de la historia—, acabó en forma de un voluminoso almanaque dedicado al secreto de los ciclistas evangélicos de la orden Rosacruz.

Al poner este conjunto de textos en manos del lector, recuerdo que hace algunos años, mientras buscaba guijarros de colores, me encontré con una perla, y comprendo que la perla, esperando a un dueño digno, encontró por contra a uno indigno que, al multiplicarla en un número inaceptablemente grande de ejemplares, la convirtió en una cuenta de vidrio. La

única justificación es que en nuestra época, que coincide con el otoño tardío del «año de los años» (sobre lo cual escribe el capitán Queensdale), el brillo de las cuentas de vidrio se trasluce a través del eclipse que se adensa sobre el horizonte.



EN LA CORTE DEL REY CARLOS





Carlos el Feo  
HISTORIA DE MI REINADO  
(apócrifo)

Aunque la unidad de medida del kilómetro cuadrado aún no está en uso, mi reino se extiende a lo largo de unos cuatrocientos cincuenta kilómetros cuadrados. Pero nadie sabe eso. Ni siquiera Grosman. Nunca me interesaron los reinos grandes. La grandeza del reino no añade nada a la grandeza del rey. Muy al contrario. Los grandes imperios contienen toda clase de escoria, y el emperador encarna todos los defectos de sus súbditos. Después de todo, yo no heredé mi reino. Lo creé yo mismo, con mis propias manos y empleando un enorme esfuerzo. Gasté en él todos mis ahorros. Incluso yo mismo me hice mi propio trono de buena madera de haya con la ayuda de Grosman, mi mayordomo. Fijamos unos clavos de hierro en forma de cruz en la parte posterior del trono y lo atamos como un columpio con fuertes cuerdas al techo. Nada se dejó al azar, todo irradiaba simbolismo. Cuando me siento en el trono, los clavos se me hincan en la espalda y de este modo me crucifico; el dolor no me permite relajarme. Pienso en los sufrimientos de nuestro Salvador, y eso me obliga a ser justo y a perdonar. El balanceo del trono, por su parte, indica el nulo carácter permanente de la Fortuna y de la vida humana

en general. El caso es que al principio yo no era más que un simple chaval de pueblo. Sin padre conocido y tal vez ni madre. Me intriga saber cómo lo interpretaría Sigmund Freud trescientos cincuenta años más tarde, cuando ingrese en el mundo de los vivos; lo cierto es que yo cumplía todas las condiciones para no superar nunca el complejo de Edipo, algo que Grosman es incapaz de concebir, siquiera en sueños. Pues, en efecto, cree que Freud es un producto de mi imaginación. Sin tener la más mínima idea de que es precisamente él, el mayordomo, el que es un producto de la imaginación, aunque tan fuerte que es palpable. De todos modos, si lo supiera, de lo adulator que es, inmediatamente vendría corriendo a mi encuentro, con el rabo entre las piernas, y gritaría: «¡Sire, qué profecía tan significativa! ¡Qué gran profecía!». ¿Cómo no habría reaccionado de haberle dicho algo sobre *quarks* y *quanta*? Dejémoslo estar. Superé el complejo de Edipo muy fácilmente, quizás porque en su momento lo desconocía. Yo soy una persona simple, y me hacía mis propias cábalas de esta guisa: como no tengo padre, tampoco seré padre de nadie. En paz. Pero entonces conocí a Grosman. Acababa de ser expulsado de la Universidad de Upsala, donde estudiaba teología. Por lo que tengo entendido, por un pacto con el diablo. Dicho trato era del siguiente tenor: el diablo le concedió el doctorado a Grosman, y a cambio Grosman le entregó el alma al diablo. Un trato justo, pero contrario a las normas vigentes. Como en ese momento no teníamos de qué vivir, aunque teníamos la intención de hacerlo, encontramos un trabajo en la taberna Donde las Cuatro Cornamentas de Ciervo. Lavábamos platos, encendíamos el fuego, acarreábamos agua y cocinábamos carne de búfalo con costra de pimienta y eneldo. Grosman solía pasarse el tiempo planteándome acertijos teológicos. Por ejemplo, ¿cuántos ángeles caben en la punta de una aguja? O, también, *¿habet mulier animam?* Me los hacía justo cuando la

faena cobraba máxima intensidad, mientras una densa nube de vapor sulfuroso procedente de los cuernos de búfalo lo envolvía, en una escena infernal. Entonces el jefe interrumpía nuestra disputa con un torrente de insultos y la teología debía esperar a que los distinguidos comensales saciaran su hambre. Y lo cierto es que se atiborraban. Todavía puedo oír los sorbetones de caldo, los chasquidos de lengua y el crujir de huesos al quebrarse resonando a través de los siglos como un eco. Casi se me olvida decirlo: mi nombre en aquel entonces era Ladislav, aunque no era algo a lo que le prestara demasiada atención. Si alguien se dirigía a mí por error llamándome Ivan, pues yo era Ivan. Ivan, Ladislav, Grosman, ¿qué diferencia había? Una diferencia inapreciable, en aquel momento. Por eso me convertí en rey. Para elevarme de entre la mediocridad. Y, sin embargo, no logré dejar de ser mediocre. Es la *conditio humana*. En fin, que cuando los distinguidos comensales quedaron finalmente saciados, le respondí a Grosman en un susurro: «No, la mujer no tiene alma. Estoy seguro de eso. Las mujeres solo tienen coño. El coño es el centro, el sol de su sistema planetario, alrededor del cual giran y para el cual trabajan todos los demás órganos. Y dado que la vagina no es nada, apenas un simple agujero, una ausencia, un vacío, la mujer no solo carece de alma, sino que no existe en absoluto». «Estás equivocado», me gritó Grosman desde las emanaciones de su alma infecta. Pobre Grosman. Era todo un erudito en latín y griego antiguo, pero un desconocedor absoluto en materia de mujeres. Estaba muerto, como las lenguas que dominaba. Quiero decir: solo unas pocas personas lo conocían, y además era difícil entenderse con él, pero aun así era útil. Grosman me enseñó a escribir. He ahí la primera utilidad de Grosman. La destreza para trazar diferenciadamente la cursiva de la redonda no me interesaba, pero sí la redacción de este libro. A tal fin, anoté trabajosamente las primeras letras con mis manos

nudosas. Por no hablar de la escasez del material para escribir. Todo maestro de pueblo sabrá eso en el siglo XIX. Como muestra de gratitud, cuando me convertí en rey, construí un hermoso sepulcro para Grosman e hice grabar «GROSSMAN», con dos eses («SS»), en la lápida, lo cual extrañamente satisfizo su vanidad. A veces se encierra en su sepulcro y ensaya haciéndose pasar por muerto. Es meticuloso hasta no dejar nada al azar. No me gusta la gente así. Tal vez entierre a otro en esa tumba y así consiga fastidiarlo. Y he aquí datos más significativos que el de la escasez material de escritura. Algún futuro escribiente podrá extraer unas pocas conclusiones a partir de ellos con las que doctorarse de paso. En primer lugar: que en esta época se entierra mucho en tumbas debido a la obsesión por la muerte y que los distinguidos gentileshombres construyen aún en vida terrenal sus moradas para la vida eterna. En segundo lugar: que son insólitamente vanidosos, morbosos y propensos a enredarse en pequeñeces. Pues, fíjate por dónde, que aunque yo tampoco dejo nada al azar, no me extrañaría que a mí también me enterraran en algún sepulcro insignificante.

\*\*\*

En este punto, el interés por mi propia historia es casi inexistente. Solo de vez en cuando surge algún recuerdo. Pero esos son los recuerdos de Grosman; los tiene a montones. Aquí, después de todo, hay recuerdos por todos lados. Aun así, escribo historia porque solo quien no tiene historia tiene derecho a escribirla. El resto son parciales. Del mismo modo, el mejor pensador es el que no piensa en absoluto. Todo pensamiento es nocivo. Eso me decía el padre Albert, mi confesor, y lo acabé asimilando. A veces no pienso nada durante días. Me limito a mecarme en el trono observando fijamente las astas de venado en la pared, mientras los cortesanos pasan de pun-

tilas y propagan un mensaje entre susurros: «el rey medita». Es increíble lo adulatora que puede llegar a ser la gente. Por ejemplo, cuando consolidé mi poder y, movido por el recuerdo de los años pasados en la cocina junto a Grosman, otorgué el título de barón a todos los mozos de cocina, trescientos cincuenta en total. Convirtiéndose así los lavaplatos en grandes señores. Con lo cual comenzaron a pasar todo el día sentados en tabernas, engullendo y trasegando, pellizcando y haciéndoles cosquillas a las mozas. Como en la pintura *La rueda de la fortuna* de Gottfried de Mainz. Sin embargo, se volvieron demasiado decadentes. Los excesos avivaron sus ínfulas. He oído que algunos conspiran para derrocar me. Ellos hacen sus cábalas: si él —es decir, yo— se convirtió en rey sin título alguno, ¿por qué no podemos nosotros, que somos nobles? Pero Grosman prepara la venganza. Los llevaré de vuelta a las cocinas. A algunos los fusilaré incluso, si es que la pólvora ya ha llegado a Europa. Y si no, les cortaré la cabeza. Aunque hay que reconocer que fusilarlos sería más efectivo por eso de la novedad. De vez en cuando, no está de más quemar a alguna que otra bruja o montar una ejecución pública. A la plebe le gusta matar, pero la ley no le da ese derecho, por lo que hay veces en que todo rey razonable debe organizar algún tipo de ejecución, para darle un respiro a la chusma al tiempo que se preserva la legalidad. Por cierto, yo, a diferencia de Grosman, no creo en las brujas. Si crees en algo que no sea Dios, te vuelves un hereje. Aunque me considero tolerante con los herejes. Mi doctrina se resume así: si todos los hombres son pecadores, nadie conoce a Dios y, por tanto, toda teología es una herejía. Claro y conciso. Y por eso mi reino es un asilo de herejes. Vienen de todas partes a refugiarse bajo mi ala protectora. Soy prácticamente un precursor de la democracia. Hace poco han llegado de París, huyendo de la persecución, una especie de Birruedas, o algo así. Recibí a su líder, Josef Ferrarius, y me

mostró una tablilla de arcilla, su reliquia, así como la traducción que traigo en la transcripción de Grosman:\*

## EL LIBRO DE JAVÁN, HIJO DE NAHOR

Palabras de Javán, el hijo de Nahor, a los que aún no han nacido.

---

\* El mayordomo Grosman dejó la siguiente nota en los márgenes de la copia, anotada con tinta que solo se hace visible transcurridos doscientos años:

«Por orden del rey, el friegaplatos, me veo forzado a (a)copiar aquí todo tipo de burdas lindezas, blasfemias y comentarios hirientes a mi costa, yo, Grosman, que estaba a punto de doctorarme y que habría llegado a ser médico si las malas lenguas no me hubieran acusado de herejía. Clarividente, claro que lo es; cualquier tonto es capaz de profetizar. Pero ¿qué otra cosa puede hacer un hombre culto hoy día sino someterse a los caprichos de los dementes? Carlos se ha vuelto arrogante. Se jacta de ser el guardián de la fe, pero no cree en Dios, ni Dios cree en él. Cuando se arrodilló ante la Crucifixión del Señor hace un año, por razones de orden (que el Todopoderoso me perdone), la cruz se derrumbó con estrépito y golpeó al Feo en la cabeza. Desde entonces, el chichón no decrece. Lo hace aún más feo —si es que algo así es posible—. Mientras estábamos juntos en aquella taberna funesta, aprendió algo de teología, y ahora no deja de farfullar sandeces delante de los cortesanos, quienes —prisioneros suyos, en realidad— lo adulan y consienten. De este modo, en una ocasión llegó prácticamente a humillarme en presencia de su séquito, mientras discutíamos si la mujer tiene alma. «*Non habebz*», afirmé y probé, a lo que Carlos replicó: «Es que la mujer no solo carece de alma, sino incluso de existencia». Luego se despachó a gusto diciendo que, al colocar la vagina en el centro del organismo femenino, le había abierto el camino a Nicolás Copérnico, y que, al dejar sentado que la mujer no existe, se había erigido como el precursor de una especie de existencialismo diabólico. ¡Dios nos libre! Pero ni siquiera el diablo es tan siniestro como lo pintan. Al darse cuenta de que había ido demasiado lejos, se arrepintió —supuestamente— y se confesó. Aunque no por mucho tiempo. Tan pronto como el padre Albert, su confesor, se recuperó de la conmoción que le provocó oír su confesión, el Feo ejecutó a la reina Margot simplemente porque ella le devolvió la mirada al barón Von Kurtitz. El barón fue asimismo ajusticiado, naturalmente. Se jactaba de haber fijado a la reina al respaldo del trono atravesándola con clavos, de forma que quedara crucificada permanentemente. Los clavos, efectivamente, los clavó él, pero fui yo quien limó personalmente las puntas. Ahora, como si lo ya dicho fuera poco, lleva constantemente un chaleco de cuero de búfalo; por el reuma. Como genio de las medias verdades que es, tiene la intención de escribir la historia del mundo por adelantado, y yo tengo que participar en esta empresa demencial. Que Dios se apiade de mí y de Europa».

[En adelante, todas las notas marcadas con asterisco \* pertenecen a la edición original y constituyen parte integrante de la propia obra].

Cuando llegué del oriente a la tierra de Serán, habitaba con mis hermanos, hijos y ganado; nuestra riqueza aumentó y vivíamos en paz con otras tribus.

Hasta que, en un momento dado, llegaron de no sé sabe dónde constructores y maestros albañiles; estos encendieron un gran fuego y comenzaron a cocer ladrillos de barro, y decían: «Construyamos una torre que llegue al cielo». Ella nos servirá de refugio frente a las fieras, los vientos y las inundaciones. Y sobre nosotros... [texto destruido]... por los siglos de los siglos.

Y dibujaron en la arena una figura en todo semejante a una torre. Y la torre era ancha en su base, sus escaleras la envolvían como serpientes y su cima se perdía entre las nubes. Y sobre la torre había jardines y arroyos, y otras bellezas terrenales.

Y en el séptimo año de construcción, me quedé dormido y tuve un sueño: en él, curiosamente, una rueda se apoyaba en la tierra... [falta texto]... en aspecto y hechuras las ruedas eran como... y ambas eran idénticas y en aspecto y hechuras eran como si una estuviera detrás de la otra.<sup>3</sup>

Donde fuera el espíritu, allí también iban las ruedas, y cuando el espíritu se elevaba, ellas se elevaban, pues el espíritu marchaba sobre las ruedas.

Y de repente, una luz terrible me cegó y oí una voz que me decía: «Javán, abre los ojos y mira la torre que estás construyendo». Y al abrir los ojos, vi una torre que subía hacia el cielo, y sus paredes eran transparentes y traslucían el interior profundo de la torre.

Y al pie de la torre vi a una multitud de gente arrodillada ante falsos sacerdotes, y cada cual le confesaba su sufrimiento a uno de los sacerdotes y le contaba los deseos y pensamientos de su corazón.

---

3 Remite a Ezequiel, 1:16.